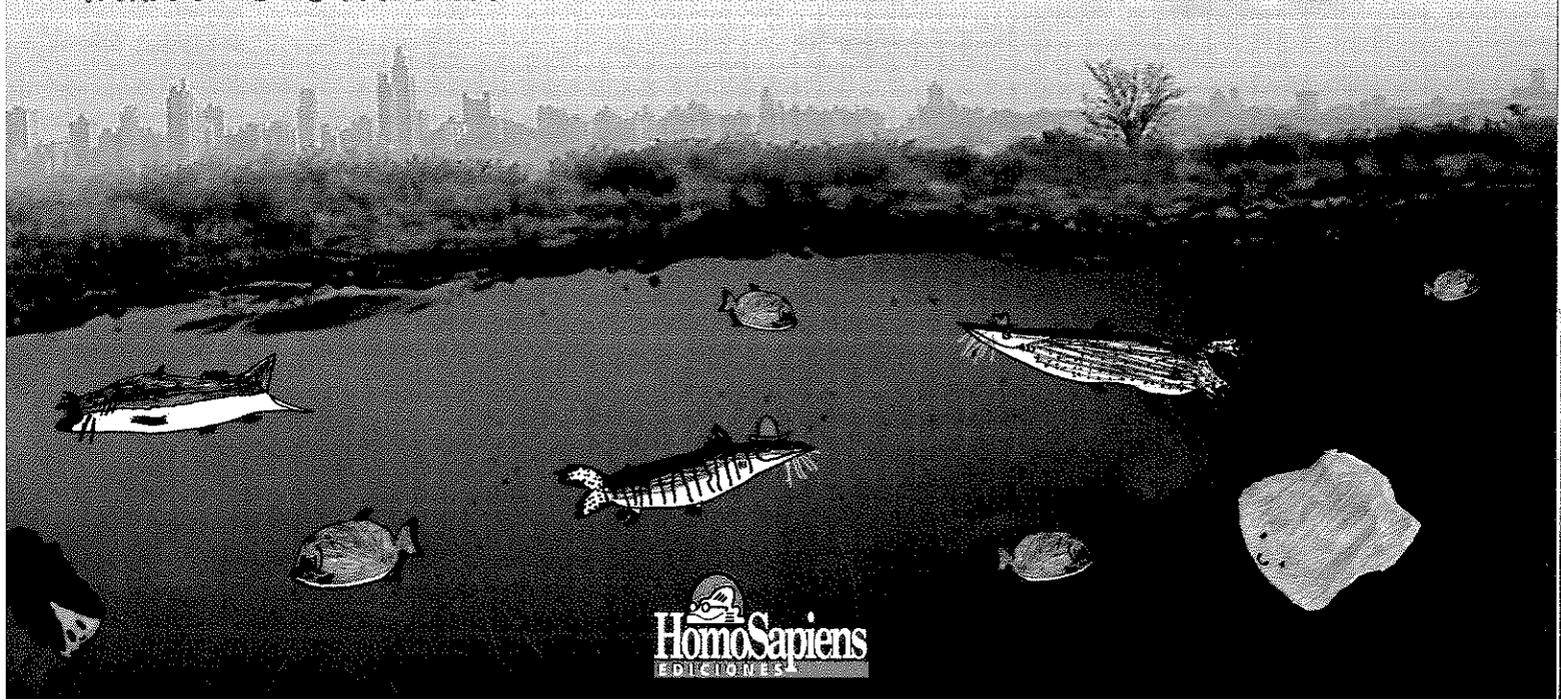


EL DÍA QUE EL RÍO SE QUEDÓ *sin agua*

Historia fantástica del Paraná y sus orillas

MARA DIGIOVANNA



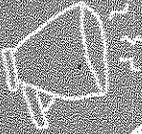
EL DÍA QUE EL RÍO SE QUEDÓ *sin agua*

Historia fantástica del Paraná y sus orillas

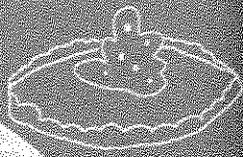


Texto e ilustraciones

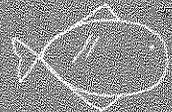
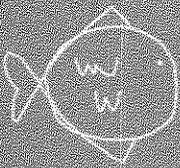
MARA DIGIOVANNA



ÍNDICE



Descalzos	1
Corazón valiente	3
Crónica del fondo	6
Helados	11
El loco del otro lado del río	15
Cuando el agua vale más que el oro	20
Los peces toman la palabra	24
Una verdad con gusto a remedio	33
Los locos de este lado del río	36
Lágrimas de agua dulce	40
¡Googleá!	46
El Acuario del Río Paraná	47
Compromiso	48
Pequeños rescatistas ¡a trabajar!	49
Complemento informativo	51



Descalzos



Estábamos haciendo fiaca en la cama, despiertos pero sin ganas de levantarnos para empezar un día igualito a todos los otros días, cuando escuchamos el grito de mamá. Pensé que se había quemado con el mate, cosa que le pasa muy seguido porque -hay que decirlo- vive un poco apurada corriendo de acá para allá, pero enseguida agregó:

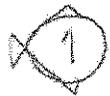
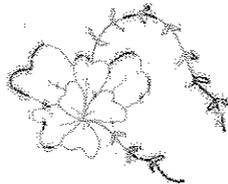
-¡Inés! ¡Octavio! ¡Vengan ya mismo a ver esto!

Saltamos de la cama como dos resortes y corrimos en patas hasta el comedor. Si mamá no había empezado con el "pero antes pónganse un buzo y las pantuflas para no agarrar frío, que después se enferman y ¡ja! ¿quién es la loca que corre atrás de ustedes? ¡Yo, por supuesto! y bla, bla, bla", es porque se trataba de algo verdaderamente importante. Quizás teníamos la fortuna de que no fuera un día igualito a todos los demás días.

El informativo de la primera hora de la mañana estaba dando la noticia más extraordinaria que me tocó escuchar en estos diez años. Y eso que diez años ya es un número de dos cifras y en la torta, ¡puf! son un montonazo de velitas.

Los tres quedamos como estatuas frente al televisor.

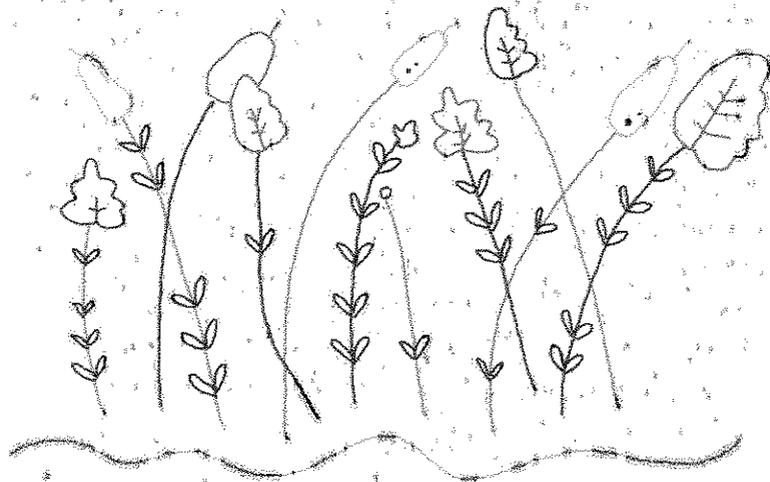
-¿Qué es eso? -preguntó Octavio, acercándose casi hasta chocar su cabeza contra la pantalla. Pobre Tavo, como tiene un problemita en la vista a veces parece que en lugar de ver las cosas estuviera tratando de olerlas.



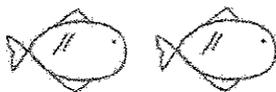
-El río, hijo. El río Paraná -mi mamá hablaba como una estatua con un mate en la mano, con los palitos de yerba flotando como barcos en agua tibiona.

-¡Pero cómo va a ser un río si no tiene agua! -se burló mi hermano haciéndose el cancherito.

La cuestión es que Octavio tenía razón. Y mi mamá también. Se trataba de un río que había amanecido mostrándonos su esqueleto, dejándonos congelados frente al televisor, descalzos y en pijama. Los rayos de sol que empezaban a asomarse se encontraban esa mañana con una sorpresa: el cuerpo zigzagueante del Paraná sin una-sola-gota-de-agua.



Corazón valiente



Que los peces hablan y que hasta la olla donde hervimos los fideos puede convertirse en una buena pecera, es algo que me hubiera hecho reír hasta que me dolieran las tripas, "¡qué buen chiste!", hubiera dicho.

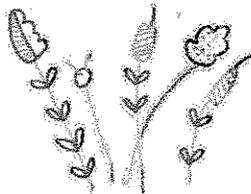
Pero te aseguro que no tiene nada de gracioso cuando de verdad comprobás con tus propios ojos que una olla es una buena pecera, y de verdad escuchás con tus propios oídos hablar a un pez. ¡Ahí te quiero ver, corazón valiente!

Todo lo que sucedió ese día fue para corazones valientes. Mamá nos dejó faltar a la escuela y salir de casa sin que hayamos terminado la leche. Eso ya nos daba la señal de que nos esperaba mucho más que un día distinto.

—¡Nos espera un día 'florioso'! —gritaba Octavio imitando a un personaje de los dibujitos, mientras íbamos en el auto tratando de acercarnos a algún lugar de la orilla. Todos queríamos ser testigos de semejante fenómeno.

—Glorioso, querrás decir —siempre tengo que corregirlo—. No sé si tan glorioso, Tavito. Puede ser una 'catrastrofa'.

—Catástrofe —me corrigió mi mamá. Octavio me sacó la lengua, vengativo. Mi querida madre no entiende las reglas: nunca se corrige al corregidor.



Como fuera. Me crucé de brazos, que es la forma en la que pienso mejor, y me puse a repasar la imagen de ese gigante vacío. La cabeza se me hizo una ensalada de preguntas. ¿Por qué nunca antes me había puesto a pensar en el río? Si estamos tan cerca... No me había dado cuenta de que era taaaan grande. Capaz que me pasó lo mismo que a mi papá con las llaves. Un día las buscó por todos lados. ¡Se volvió loco buscándolas! Tuvimos que volvernos antes del cumpleaños de mi primo para que no esperara tanto tiempo sentado en el umbral y cuando llegamos, ¿saben dónde estaban las llaves? ¡Las tenía mi papá colgadas en el cuello! ¡Qué valor! El turuleco las tenía tan cerca que nos las veía. ¿Me habrá pasado eso con el río? O tal vez...

-Ya sé lo que nos pasó con el río, ma.

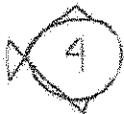
-¿Qué nos pasó?

-Lo mismo que con el estómago. Viste que no nos damos cuenta de que tenemos estómago, no lo sentimos ni sabemos dónde está. Hasta que nos duele.

Y me parece que el río me estaba empezando a doler.



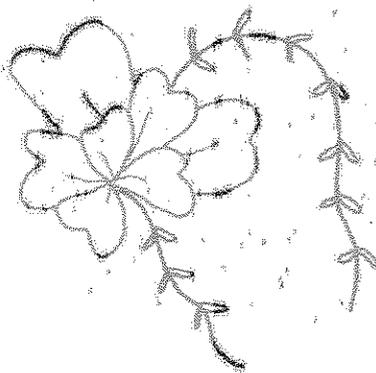
Tuvimos que estacionar el auto a varias cuadras de la costanera porque no eran ni las nueve de la mañana pero ya había más gente que en un clásico entre Newell's y Central. Caminamos de la mano de mamá. Yo, en silencio, con el corazón en modo canguro, dándome saltitos en el pecho. Octavio haciéndose el gracioso, golpeando todo lo que podía con un palo-espada, "¡te atraparé, maldito, tendrás que devolver el agua que te robaste!", gritaba con voz de pirata justiciero.



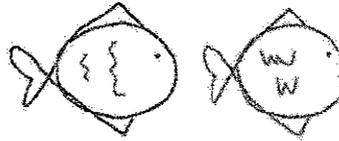
Se hacía el loco pero yo lo conozco desde que nació y me daba cuenta de que también estaba nervioso y con el corazón a puro brinco.

"Para vivir una gran aventura hay que salir de la zona de confort", decía la tapa de una de las mil revistas que leí la última vez que acompañé a mi mamá en su travesía eterna por la peluquería. En la foto se podía ver a una mujer con rodete, una sonrisa brillante y lentes negros, cargando una mochila casi más grande que ella, en el medio de una selva.

La verdad es que no tengo muy claro qué es eso del 'confort', pero entendí que si yo venía deseando tener un día que no fuera igualito a todos los demás días, me lo tenía que aguantar. Chim-pum. "¡Coraje, Inesita, coraje!", me dije. Y eso fue lo último que pensé antes de que se abriera ante nuestros ojos la inmensidad más inmensa que hayamos visto jamás.



Crónica del fondo



—¡Repámpanos! —exclamó Octavio, que había aprendido esa expresión de Robin, el Joven Maravilla.

—Noooo te lo puedoooo creeeeeer —agregué yo. Parados al borde del río, el paisaje nos golpeaba en la cara como uno de esos tortazos de crema de los payasos. Estaba todo tan lleno de vacío. Y no lo digo mal, no creas. Solo quienes estuvieron ahí pueden entenderlo. Era demasiado vacío, todo junto. Un vacío con la forma de un enorme pozo alargado que parecía infinito.

—¡Viene desde allá! —gritaba eufórico Tavio señalando a su izquierda—. ¡Y sigue para allá! —señalando a su derecha. No podíamos entender dónde empezaba o terminaba. Era mucho más espectacular que verlo en la tele. Daba la impresión de que una serpiente gigante hubiera pasado por ahí dejando esa huella.

Nuestra ciudad, con sus parques y sus altos edificios, parecía quebrarse de golpe ante un abismo de tierra y barro. Y a lo lejos, a una distancia que ahora podía hacerse caminando, las islas.

—Octavio, Inés, por favor tratemos de no separarnos mucho —nos pidió mamá, y tuvo casi que gritarnos al oído para que la escucháramos. Había mucho bullicio. Las palabras 'alucinante', 'de película', 'impresionante', se repetían en las distintas conversaciones. Pese a todo alcanzamos a entender cuál sería el punto de reencuentro en caso de perdernos. Mamá siempre nos fija un punto de reencuentro, y así y todo un par de veces en el supermercado nos perdimos y tuvieron que anunciar por micrófono: "los menores Inés y Octavio buscan a sus padres, presentarse en recepción por favor".



Agarré a Octavio fuerte de la mano y empezamos a caminar. Ni en sueños me hubiera imaginado que todas esas cosas dormían en el fondo del río ¡y vaya uno a saber desde hace cuántos años!

—¡Mirá, Tavio! ¡Eso es un pedazo de barco hundido! —Había escuchado que eso mismo le decía un señor a sus hijos, señalando un enorme fragmento de metal medio enterrado en el barro.

—¿Un ba-barco hundido? —repitió mi hermanito hablando en idioma tartamudo—. ¿Se-se sería un barco de piratas, Ine? ¿Por-por por qué se habrá hundido? Y la gente que iba arriba, ¿se habrá sa-sa salvado?

Le dije que sí. Que seguramente todos habrían tenido el cuidado de llevar los salvavidas puestos. Lo cierto es que hasta a mí, que ya soy grande y mi torta de cumpleaños está llena de velitas que es un incendio casi, me dio escalofríos pensar que en ese mismísimo lugar donde estábamos parados podía haber muerto gente.

Caminamos sin soltarnos la mano, "permiso, señor, gracias", "señora, con permisito, ¿nos deja pasar?" Nos íbamos abriendo camino, con la respiración cortada por la sorpresa permanente ¡pero orgullosos de poner a prueba nuestra valentía, que ya se estaba apolillando de estar guardada! Eso sí, siempre de la mano, bien agarrados, salvo en los momentos en los que yo sacaba mi agenda para ir escribiendo una lista con todo lo que íbamos encontrando. Clarita a veces me llama "chica-lista". Y el sobrenombre no es solo porque es mi mejor amiga ni porque, justo es reconocerlo, la vida no escatimó cuando me concedió el don de la inteligencia. El apodo viene porque desde el mismísimo día que aprendí a escribir me la paso haciendo listas: de lo que mamá tiene que comprar en el supermercado, de las actividades del día, de amigos (desde el más, más amigo -lugar que siempre ocupa Clarita-, hasta la que más odio en el mundo y no pienso decir acá quién es), de canciones, de libros, de colores.

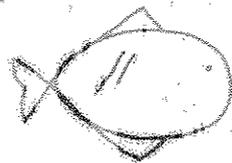
Esta vez mi pasión por las listas me permitió immortalizar el panorama de rarezas durmiendo en el lecho del río y las sensaciones que todo eso me produjo.

✓ MI LISTA ✓

- ANCIAS (tres en total, dos chicas y una tan pero TAN grande que de haberla podido tearlada me hubiera entrado en mi estomago)
- UN TENEDOR y TRES COCHARITAS MEDIO OXIDADAS
- UN PAR DE MONEPAS (pero de las que ya me sirven para comprar mi un caramello)
- UN MARTILLO.
- UNA BICICLETA DESTARTALADA
- UNA LLAVE (me pregunto si todavía abrirá alguna puerta)
- UN GUANTE DE GOMA (de los que se pone mi mamá cuando usa lavandina)
- HUESOS, MUCHOS HUESOS (me se me ocurren preguntas de qué...)
- UNA OJOTA SIN SU PAR
- SIETE GORRAS (¡cómo pierde gorras la gente en el río!)
- UN ILAVERO (con el logo de una estación de servicio)
- REDES A MONTONES
- UN CELULAR

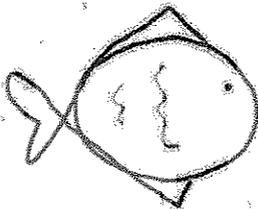


DOS REMOS



- UN VASO CON EL DIBUJO DE SPIDERMAN
- UN COLLAR DE PERRO
- UNA MUÑECA SIN UNA PIERNA Y CON TODA LA CARA DESPINTADA (me dio mucha lástima salirla durmiendo en el fondo del río cuando seguro alguien la habrá querido tanto!)
- UN MATE DE MADERA
- EL TAPÓN DE UN TANQUE DE NAFTA DE ALGUNA LANCHA
- @#!% \$][+e ,? &xx% \$>#@!2ox+8x@!

Esto último lo escribí así de la bronca que tenía. Porque no saben, no se imaginan, qué había en cantidades monumentales:

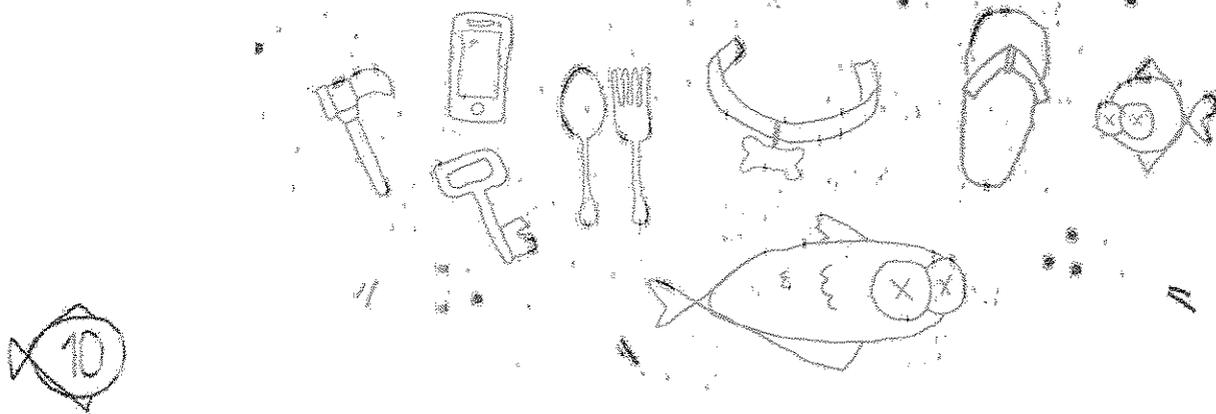


@#?|<x\$|

BA-SU-RA. Basura y más basura. Decenas, ¡cientos! de vasitos y botellas de plástico. Pedazos de bolsas de nylon por todos lados. Octavio, que es medio asqueroso, caminaba en puntas de pie. Y cada tanto se tapaba la nariz por el olor.

Eso. El olor. ¿A qué había olor? ¿A coliflor hervido? No. Tampoco era olor a podrido. Era olor a río, a arena mojada, ¡a pescado! ¡Si! Y justo, justo cuando pensaba en eso, en que el olor era muy parecido al que sentimos cuando pasamos por la pescadería de la vuelta de casa, los vimos. Fue tan impresionante que no nos alcanzaron los ojos -ni los lentes de Octavio- para mirar.

Ahí estaban ellos. Una incontable cantidad de peces coleteando sobre el barro, con esos ojos tan redondos sin poder llorar, preguntándose dónde había ido a parar su mundo de agua.



Helados



–¡Eugenia! ¡Acá! ¡A tu derecha! –mi mamá hacía señas a toda la gente conocida que se iba encontrando. Que era mucha, porque mi mamá tiene mil amigos y porque a toda Rosario se le había dado por ir a espiar qué estaba pasando–. ¡Mirá dónde nos venimos a encontrar, Euge querida! ¿Podés creer? Yo agarré a los chicos y me vine , ¡qué locura todo esto!

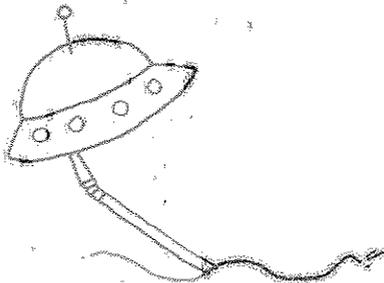
Yo no me quedé atrás y también me encontré con varios amigos: Clari, Manu, Fede. Se parecía al día que hubo alerta de bomba en la escuela, y en lugar de darnos miedo por lo que podía pasar, estábamos de fiesta por salir antes y todos en avalancha.

Los grandes conversaban, pero no de la misma manera que conversan todos los días en la puerta de la escuela o en la verdulería. Había un clima raro. ¿Dónde estaba el agua de nuestro río? Esa era la pregunta que teníamos atragantada como una espina.

Manu, que dibuja réquete bien, había empezado un boceto de una nave extraterrestre de la que salía un sorbete gigante que chupaba el agua para llevársela a su planeta.

–Me parece que tenés mucha película encima vos... –Me reí de la loca idea de Manu y Clari me siguió en la broma, pero él nos dejó calladitas a las dos cuando agregó:

–Y despertamos y ver al río que parece que lo hubieran desagotado, ¿eh?, ¿eso no es de película?



Un señor de bigotes, tan alto que sobresalía entre las demás personas, se había cruzado de brazos y le hablaba a un grupo de gente. Les hablaba con la misma cara que pone mi papá cuando está por darnos uno de esos retos llenos de explicaciones:

—Era sabido que esto iba a pasar. Desde que esa fábrica se instaló en el puerto el nivel del río viene bajando, pero nadie hizo nada. Pasamos con el auto, en colectivo, todos los días por al lado del río, pero no hicimos nada. ¡Cuántos corredores van y vienen todos los días por la costanera! ¡Cuántos ciclistas! ¡Dígame, cuántos! ¿Usted lo puede creer? Y no hicieron nada. ¡Ni hablar de las autoridades de la ciudad! Qué vergüenza, por favor. Qué lamentable.

Cuando lo escuché, te lo juro, sentí que el corazón se me hacía una pasita de uva. La fábrica de la que hablaba el señor bigotudo no era una fábrica cualquiera; era la más hermosa que la ciudad haya tenido jamás.

—¡Mamáaaaaaaa! ¡Heladolandia viene a Rosario! —me acuerdo de Octavio gritando por la casa—. ¡Ineee! ¿Te enteraste? ¡Heladolandia viene a Rosario!

*Helados de otro mundo,
colores y sabores,
que harán chispear tu boca;
helados, ¡los mejores!*

HELADOLANDIA

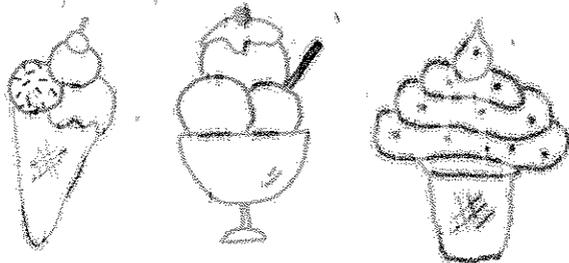
Cantábamos todo el día esa canción. Teníamos remeras con el logo de Heladolandia, pulseritas de Heladolandia. ¡Cómo no volverse loco! Era mucho más que helado, ¡eran maravillas heladas! ¡Verdaderas obras de arte! Gustos increíbles como crema zombie o chicle globo. Paletas con formas extrañas, con brillos comestibles. Helados rellenos con sorpresas, bañados con salsa arco iris. ¡Helados que brillan en la oscuridad! El postre más cool del mundo mundial había elegido instalarse en nuestra ciudad y desde acá vender helados a todos los rincones del planeta.

Y ahora los helados éramos nosotros. Así habíamos quedado después de escuchar al bigotudo y su idea de que Heladolandia era la culpable de que el río hubiera desaparecido.

Manu seguía creyendo en la idea de los extraterrestres roba-agua, y le agregaba cada vez más detalles a su dibujo. Yo lo entendía. Cualquier explicación era preferible a pensar que una fábrica tan hermosa nos estuviera haciendo una cosa así. Era como una pesadilla.

Peró las pesadillas terminan y los helados se descongelan. Chau pinela. Así que después de un rato de estar quietos que parecía que jugábamos a la estatua, nos empezamos a mover de nuevo. Los grandes seguían charla que te charla, y todos iban repitiendo las palabras del señor de bigotes. Los chicos, siempre un toque más ligeros, salimos a buscar baldes con agua donde meter los pececitos.

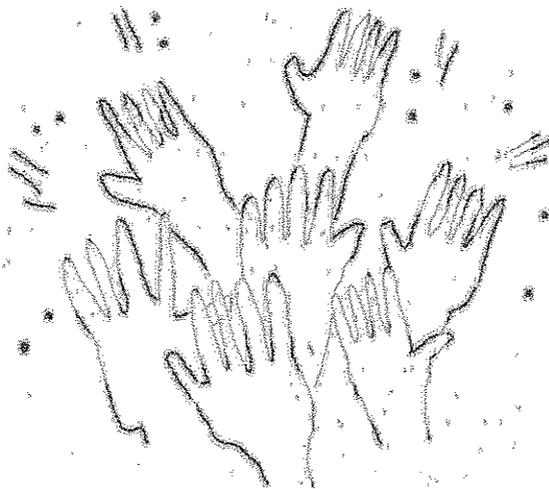
—Tenemos que salvarles la vida —concluyó Clari, arremangándose. Yo le copié de inmediato—. Eso es ahora lo más urgente.



Pero ¡atenti! ¡No tan rápido, corazón de alcaucil! Ojalá hubiera sido tan fácil. Desparramados sobre el barro y las piedras había miles de peces. Peces chiquitos, peces enooooooooormes, ¡igualitos a los que vemos en los documentales y nos parece increíble que existan de verdad! Peces con dientes, otros con pinchos en las aletas. ¿Cómo íbamos a salvarlos si no conocíamos nada sobre ellos?

Una marea de manos hacia el cielo se formó cuando una señora parada arriba de unos cajones para que todos pudiéramos verla y alzando la voz al mejor estilo directora de escuela, gritó:

–Levante la mano el que crea que el salvataje necesita un buen plan, y que hay una única persona capaz de hacerlo.



El loco del otro lado del río



El viejo Antonino vivía en la isla, en un rancho llamado "La Guarida". Eso era todo lo que sabíamos de él. Ah, y que era un experto en todo lo que tuviera que ver con estas aguas color chocolate.

—Mami, ¿van a buscar al loco del otro lado del río? —preguntó Octavio temblando como una gelatina cuando vio que un grupo de personas se alejaba en dirección a la otra orilla. Los dos nos quedamos bien pegaditos a mamá. Lo imaginábamos parecido al jorobado de Notre Dame, pero con cabeza de pescado y aletas en lugar de brazos. La culpa de que le tuviéramos miedo era en gran parte de todos los que retaban a los chicos traviesos repitiendo: "si no te portás bien te va a venir a buscar el loco del otro lado del río, vas a ver cómo en la isla se te bajan los humos a vos".

Clari se había agarrado de la mano de su papá y Manu dibujaba sin parar; tenía la excusa perfecta para no levantar la vista y encontrarse de golpe con un hombre lleno de escamas.

A veces la realidad te desilusiona, como cuando ves salir a un flaco paliducho de adentro del disfraz de ese personaje de cómics que tanto te gusta. Pero otras veces, como cuando te despertás de una pesadilla horrible ¡uf!, respirás aliviado y das gracias de que la realidad sea otra.

Ese fue el sentimiento cuando entre las personas que volvían de la isla apareció un hombre ni muy alto ni muy bajo, con el pelo blanco y las manos en los bolsillos. Todos respiramos aliviados. Llegaba la única persona capaz de ordenar un poco el lío en el que estábamos metidos.

De repente toda la multitud estalló en aplausos y no faltó quien gritara "¡hoy te convertís en héroe, Antonino!"



El viejo isleño no tenía escamas ni aletas. Los que cruzaron hasta el otro lado comentaron que lo habían encontrado en su rancho cebándose unos mates. Tenía cara de serio, eso sí. Pero algo en él me hacía pensar que la próxima vez que me dijeran "si te portás mal te va a venir a buscar el loco del otro lado del río", no me iba a dar tanto miedo. Y cuando lo vi caminar tan decidido, con la mirada tan llena de río, se me ocurrió que hasta podría estar bueno tener un abuelo así.

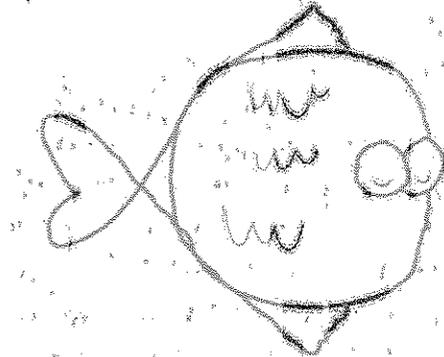
De un solo gesto nos hizo callar a todos. ¡Qué envidia le habrá dado a mi maestra, que para que hagamos silencio tarda mil horas y deja ir unos cuantos gritos, pobrecita! Con otro gesto le indicó a un señor que tomara nota y justo cuando estábamos empezando a creer que era mudo, levantó apenas la voz para dar las indicaciones.

El salvataje quedaba dividido en tres categorías principales:



Mastodontes del Paraná integrada por:

- surubí
- patí
- manguruyú



Como son especies enormes y están acostumbradas a nadar en las profundidades, serían trasladados a las piletas olímpicas de los clubes.





Medianos pero poderosos

integrada por:

- boga
- dorado
- pacú
- manduví
- sábalo
- vieja del agua
- rayas



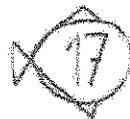
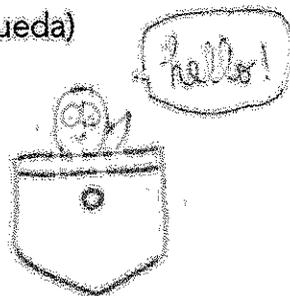
Estos peces de tamaño intermedio encontrarían refugio en las piscinas privadas, fundamentalmente en las zonas de las afueras de la ciudad, donde predominan las casa-quintas con pileta.



Peces de bolsillo (también podría llamarse todo-lo-que-queda)

integrada por:

- sabalitos
- mojarras
- moncholos
- especies incluidas en los otros grupos pero en tamaño bebé
- en definitiva: todo ser viviente que quepa en una bañera, en la pileta de un lavadero o en un fuentón del patio.



Un par de señoras medias fifi, haciendo esfuerzos para que los tacos no se les enterraran en el barro, avisaron que ellas no rescatarían a ninguno de esos "pescaditos dientudos".

–En primer lugar son peces, no pescados, queridas damas –la voz áspera de Antonino se hizo lugar en medio del barullo–. Además tienen nombre. Esas de allá –expresó señalando un pez alargado, medio feúcho –son tarariras, y esas otras de cuerpo más redondo son palometas.

–Mucho gusto, tarariras, mucho gusto, palometas, conmigo no cuenten –insistió una de las señoras creyéndose graciosa. Pero la voz de Antonino nuevamente se impuso. Una extraña mística hacía que todos nos quedáramos callados cuando él tomaba la palabra.

–Les informo que serán rescatadas al igual que el resto de los peces. Y les digo más. Hay que salvar a los sapos, los escuezos, las víboras, las morenas. ¡Hay que salvar a los camalotes!

Las señoras empezaron a cuchichear entre sí, mientras los ojos se les ponían redondos como los de los pececitos que boqueaban en el barro.

–¡Esto es un asco! –gritó la misma que hacía unos instantes había tratado de hacerse la graciosa–. ¡Un asco total! Yo no pienso llenar mi bañera con sucios camalotes. Y esos escuezos, escuezos o como se llamen, bah, esos sapos espantosos... ¡puaj! Lo mejor que podría pasar es que se extinguieran.

–E-CO-SIS-TE-MA, se llama ecosistema, señora. Del que usted también es parte. Y para su tranquilidad le informo que los escuezos tienen mala fama, pero no son mucho más feos que usted sin maquillaje.

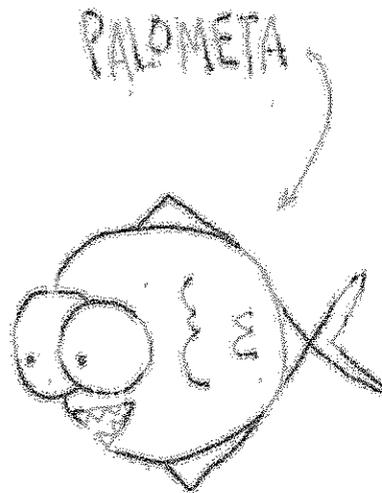
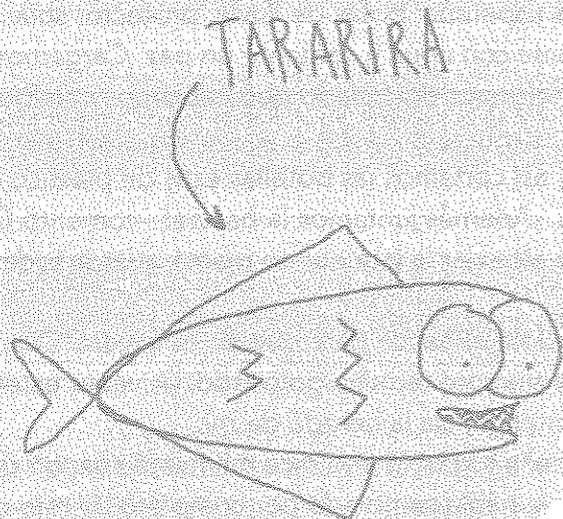
Antonino se dio la vuelta y siguió con su trabajo de seleccionar un ejemplar de cada especie para que supiéramos reconocerlos.

E ← CO ← SIS ← TE ← MA

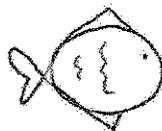


Quedamos boquiabiertos. Las dos señoras dijeron algo así como que era una falta de respeto y se fueron lo más rápido que pudieron, luchando a cada paso con los tacos que se les enterraban sin piedad en el barro.

Clari y yo nos miramos haciendo uso de nuestra sonrisa más cómplice. ¡Ja! Ya veríamos quién iba a empezar a tenerle miedo al loco del otro lado del río.



Cuando el agua vale más que el oro



"El tiempo vale oro", repite siempre mi abuela. Y ese día valía más que nunca. Los pobres peces necesitaban agua con urgencia. Dolía el alma de verles la carita de susto, boqueando ya casi sin poder mover ni las aletas. Era momento de trabajar en equipo. Pero confieso que yo me estaba haciendo pis y no podía arreglarlo tan fácil como Octavio que se acerca a un arbolito y asunto solucionado. Además nos hacía ruido la panza del hambre, así que pasamos por casa a comer algo y ¡tarán! nos preparamos mejor para la misión que nos esperaba: botas de lluvia, protector solar, gorras y recipientes. Cualquiera recipiente que pudiera llenarse con agua y contener un pez. Cargamos baldes, ollas, palanganas, vasos plásticos, ¡hasta el pote de telgopor del helado que habíamos comido la noche anterior!

—Se me ocurre que podemos llevar una trincheta, así cortamos las botellas esas de plástico que hay tiradas por todos lados y hacemos muchas peceritas. ¡Además juntamos la basura! —comentó Octavio lleno de entusiasmo, subiéndose a un banquito para alcanzar la lata donde mamá guarda todas esas cosas peligrosas que no nos deja usar solos.

—¡Síííííí! ¡Sos un genio, Tavito! —contesté sosteniéndole el banco para que no se cayera. Cuando Octavio está entusiasmado hace las cosas a lo loco y siempre termina golpeado. ¡A veces estoy tan orgullosa de mi hermanito! y convencida de que la inteligencia la heredó de mí.

A pesar de que nuestro paso por casa fue de 'estrella fugaz' (como dice mi mamá cuando quiere que nos bañemos rápido), al volver a la orilla el paisaje había cambiado por completo. El rojo de los camiones de bomberos brillaba bajo el fuerte sol del mediodía. Los coches-bomba venían desde distintos lugares con el único fin de regalarnos su agua, que ahora era más valiosa que el oro y que el tiempo.

Sus enormes mangueras iban salpicando a los peces con una lluviecita que yo creo que les tiene que haber encantado. Algunos hasta empezaron a mover tímidamente sus aletas.

Los megáfonos iban anunciando las maniobras:



¡Camión de bomberos proveniente de la localidad de Villa Constitución se aproxima desde el acceso sur! ¡Dejar la entrada libre por favor!



¡Se necesita formación de equipo de rescate para el traslado del surubí atigrado que se halla junto al barco hundido!



¡¡Alerta!! En el bar de la otra cuadra se reparten "peces de bolsillo". Llevar recipiente cargado con agua y hacer fila bajo el letrero "asignación de pez".

Vimos llegar decenas de camiones de carga que ese día no trasladaban ni maíz, ni limones ni nada parecido. En sus acoplados se armaban piletas de lona dentro de las cuales se trasladarían los "Mastodontes del Paraná". Algunos peces eran una verdadera mole, y a esos tenían que levantarlos entre cuatro o cinco forzudos.

Con Clari y Octavio corríamos a pedirles a los bomberos que nos llenaran los baldes con agua, después esperábamos que nos asignen un pez y finalmente los cargábamos en el auto.

"Había una vez un pez / que amaba nadar al revés, / escribir en italiano / y leer en japonés"

Cantábamos con Clari mientras íbamos y veníamos. Íbamos y veníamos. No tengo idea de cuántos viajes hicimos, pero fueron suficientes para dejarnos los brazos y las piernas molidas.

–Suerte que es un día de sol y no muy frío, si no estos chicos terminan todos enfermos –le comentó mi mamá al papá de Clari.

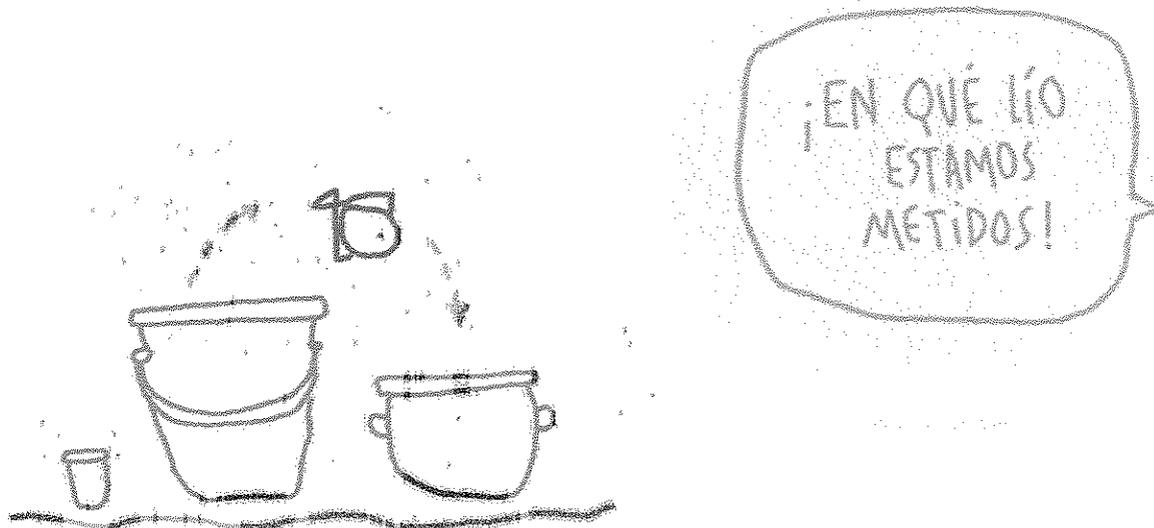
La verdad que estábamos empapados. Y muy cansados. Pero sobre todo alucinados. En el baúl de nuestro auto no cabía un baldecito más. La imagen de la olla donde cocinamos los fideos de los domingos con mojarritas y peces bigotudos nadando adentro ya ocupa un lugar privilegiado en la sección de mis recuerdos eternos.

¡Bum! Mamá cerró el baúl. Era hora de volver a casa. El auto en el que no nos deja comer ni una galletita para que no queden migas, iba a terminar hecho sopa. Eso era cantado. Sin embargo a mi mamá se la veía tranquila. Me parece que entendió que lo que estábamos haciendo era mucho más importante que el tapizado de un auto. Estábamos siendo testigos de un momento único en la historia.

Los papás de Clarita se separaron hace poco y últimamente anda tristonza, no tiene las mismas ganas de jugar de siempre. Pero cuando la vi que se alejaba con su papá en un auto lleno de baldes con peces y sacaba medio cuerpo por la ventanilla para saludarme, con una sonrisa que le ocupaba toda la cara, me di cuenta de que esta misión nos iba a hacer bien a todos.

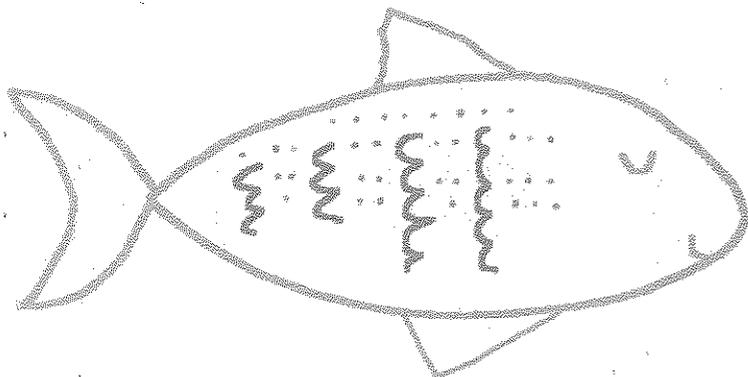
–¡Ay, hijos! ¡En qué lío estamos metidos! –dijo mi mamá mientras ponía el auto en marcha.
No sé si nos hablaba a nosotros o se hablaba a ella misma, tratando de ordenar un poco la locura
que veníamos viviendo desde que nos despertamos.

Lo que sucedió poco después terminó de dejarnos a todos patas para arriba.



Los peces toman la palabra

El primero en tomar la palabra fue un pez dorado, que mientras estaba siendo trasladado a una casa de fin de semana en Roldán, habló así:



*Seguro me reconocen,
soy el bello pirayú,
ese que salta en el río
dando destellos de luz.
Atlético y muy esbelto,
me resisto a ser pescado,
predador con manto de oro,
soy el famoso dorado.*

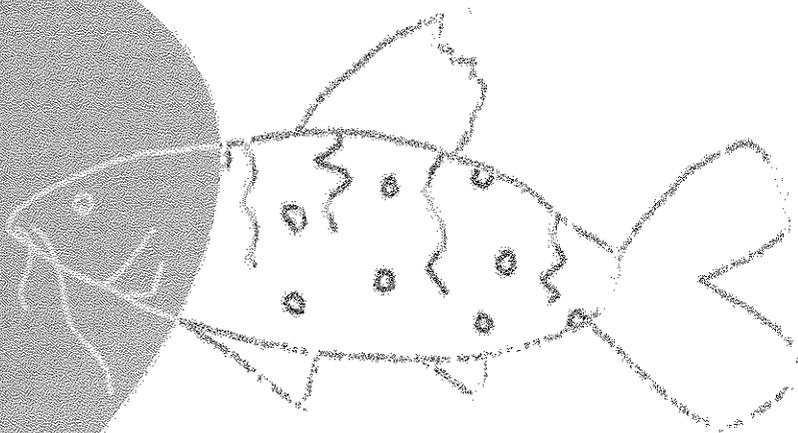
El señor que conducía la camioneta pegó una frenada en seco. Los baldes llenos de peces que viajaban en la parte trasera se fueron de sopetón contra los asientos, y el bello dorado charlatán cayó entre las piernas del conductor.

—¡A la flauta! —gritó el pobre hombre, y casi se desmaya del susto. Por suerte no se abataó y pudo volver a acomodar los peces en sus respectivos baldes. Menos al dorado, que al grito de "no necesito ayuda, yo me salvo solo", se arrojó por la ventana con un salto impecable y quedó estampado en el pavimento como un huevo frito.

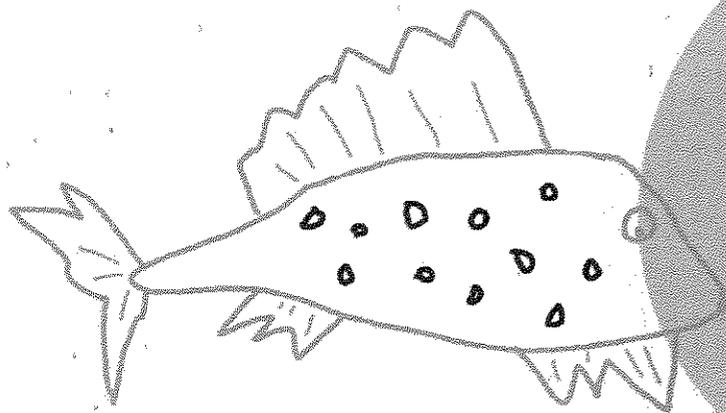
–Vamos, no hay que ser tan orgulloso en la vida –le aconsejó el conductor mientras lo colocaba en un balde en el asiento del acompañante, sin terminar de creer que estaba hablando con un pez. Y sin imaginar que un pirayú pudiera ser tan buen copiloto.

Poco a poco, los demás peces también se fueron animando. Uno de los guardavidas del club Temperley escuchó que desde el fondo de la pileta un surubí de ochenta kilos que hacía temblar hasta las paredes manifestaba:

*Coloso del Paraná
me llaman y con razón,
puedo llegar a pesar
como un señor muy panzón.
Mi piel lisa, sin escamas,
atigrada o con manchitas,
anda siempre en lo profundo,
¡son mis aguas favoritas!
En el fondo, sobre el barro,
en las zonas más oscuras
donde no sirven los ojos
y mis bigotes me ayudan.
Sí, soy pez de barba y bigote,
aunque parezca gracioso,
pez gato me dicen unos,
otros me llaman coloso.*



A la pileta de la casa de mis abuelos fueron a parar una buena cantidad de viejas del agua. De bonitas no tenían ni una sola escama, hay que decirlo. Pero Antonino dejó bien en claro que no eran peligrosas. Mi abuela logró filmar a una de ellas justo cuando se presentaba así:



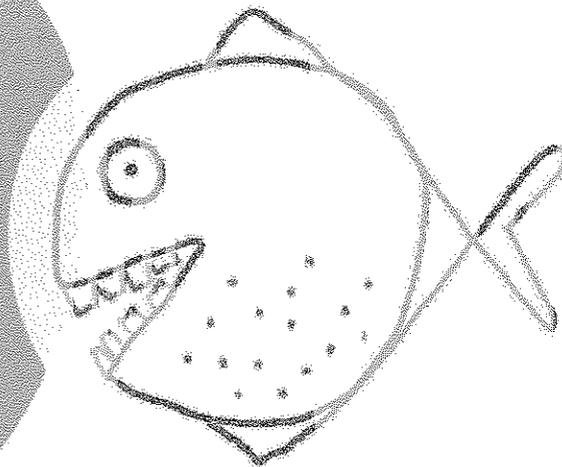
Me llaman vieja del agua,
ija! poco respeto me muestran
pero bien que soy quien limpia
toda la mugre que apesta.
Con mi boca de ventosas
y mi aspecto temerario
limpio ríos y riachuelos,
limpio peceras de acuario.
Soy medio vaga nadando
prefiero quedarme quieta
y chusmear con otras viejas
en batón y pantufleta.

Mi abuelo quedó impresionado porque no solo fueron buenas huéspedes, ¡sino que dejaron la pileta de re chupete!

Mi tía Mechi, la odontóloga, tuvo tanta suerte que le tocó llevarse a su casa un pacú. Ella es muy querendona y aunque convivió con su pez pocos días hasta se dio el lujo de ponerle un nombre.

Danielito habló así:

*Si te fijás en mi forma,
mi figura regordeta,
verás que soy parecido
a mi prima palometa.
Aunque hay una diferencia
y la aclaro de antemano,
ella prefiere la carne
y yo soy un buen vegano.
Tengo pancita amarilla
con brillos jay, qué ternura!
y se parece a la tuya
mi singular dentadura.*



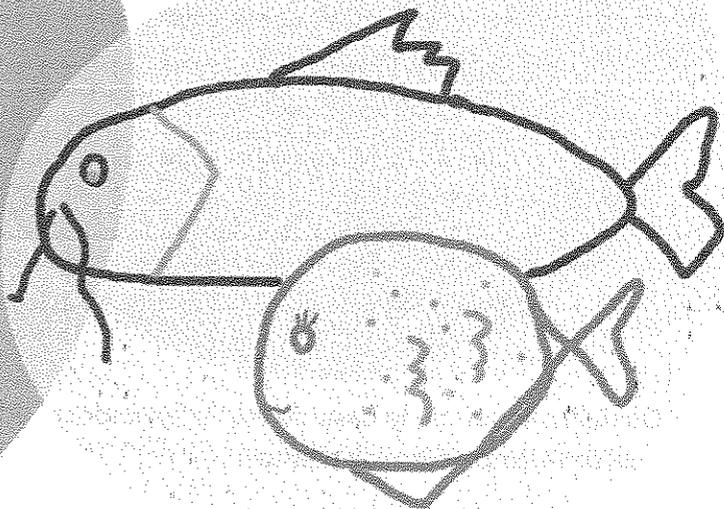
Y Danielito se fue de la casa de mi tía llevándose, además de un nombre, una preciosa ortodoncia para que se le emparejen los dientes.

Con Octavio transformamos nuestra bañera en el hogar de muchas mojarras y sabalitos. Pero a pesar de que le pusimos repollitos, camalotes y un poco de arena para que se sintieran como en su casa, con los nuestros no hubo caso. No, señor. Les hicimos preguntas bastante fáciles pero no respondieron ni una solita. Ya nos estaba agarrando el mal humor cuando:

—¡Por los clavos del Señor! —gritó la vecina. Subimos a toda velocidad para ver qué pasaba y fuimos testigos directos de un bello acto de amor.

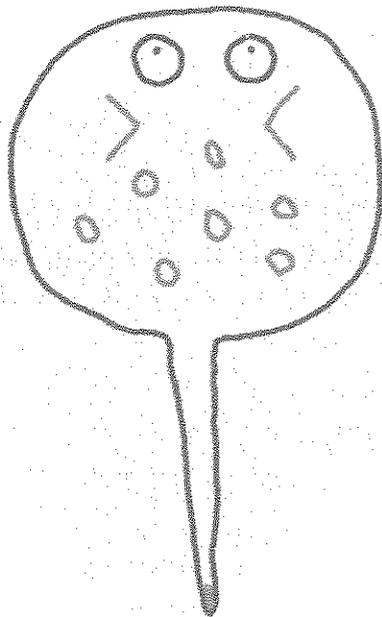
En la pileta de la cocina, por supuesto con el tapón puesto y a punto de inundarse, una mojarra y un moncholo, tomados de las aletas, cantaban:

*Somos un buen matrimonio,
juntos desde hace un montón,
yo soy Palmira-mojarra
y él es moncholo-Ramón.
La nuestra sí es una historia
réquete llena de amor,
yo siempre de él me burlaba
pero un día me salvó.
Desde ese día aprendimos
una valiosa lección:
y es que lo lindo y lo feo
se lleva en el corazón.*



Lo que le pasó al amigo de mi papá no lo van a creer. Eligió llevarse a su casa unas cuantas rayas, y le sacamos la ficha enseguida. Quería hacerse selfies con ellas para que todos le comentaran "¡qué capo!, ¡qué valiente!". Pero el plan no le podía haber salido peor.

El miedo que le teníamos a las rayas se hizo polvo cuando una de ellas, con una voz suave y pausada, se presentó:

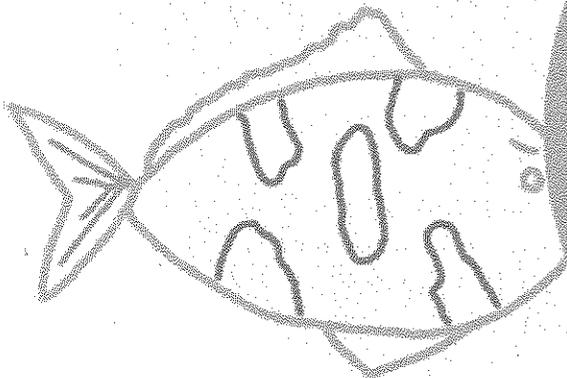


Vivo enterrada en el barro
y por eso todos piensan
que soy muy poco amigable
pero en verdad, es vergüenza.
Solo pico si me atacan,
o me pisan o me asustan,
pero a mi cuerpo redondo
las caricias sí le gustan.
Del tiburón de los mares
soy media hermana en verdad
pero tampoco él es malo,
es mala fama nomás.

El pobre hombre no solo perdió la oportunidad de demostrar abiertamente su valentía, sino que cuando intentó sacarse las fotos las rayas se asustaron con el flash, lo picaron por todos lados y terminó internado de urgencia.

Pero sin lugar a dudas, el episodio más espectacular de todos tuvo como escenario al Laguito del Parque Independencia. El clásico enfrentamiento de bandas entre los extranjeros peces carpa, que viven ahí desde hace un tiempo, y las bogas -más rosarinas que el 'carlito'- que llegaron al lago buscando asilo temporario, dio lugar a una alucinante batalla de rap.

CARPAS vs BOGAS:



CARPAS:

Somos koi, somos kill,
somos super-peces de esos que nacen de a mil.
Vamos todos juntos, somos crew muy poderoso
tiembla al vernos hasta el más valiente de los osos.

Vuelvan a su río,
vuelvan con sus críos,
vuelvan a su piletón vacío.

¿Qué pasó? ¿Qué falló?

A vos te lo pregunto, pez con boca de ratón.

Se dice que al río le afanaron el tapón;
tiembla el litoral
con la presencia de Japón.

BOGAS:

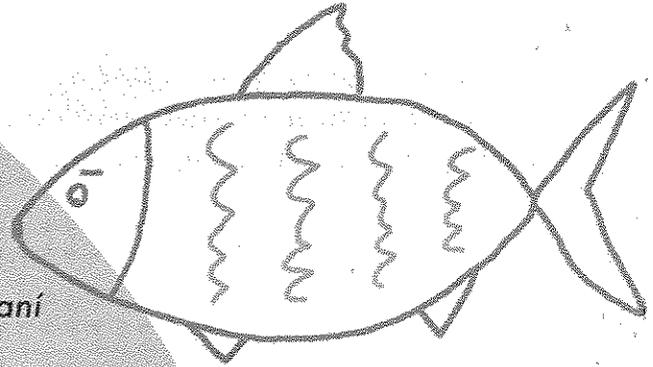
Aplaudo tu punchline
pero el litoral no tiembla,
tierra roja no se rinde,
siempre va a dar guerra.

Con el poderoso flow de nuestro guaraní
le exigimos que se vayan,
¡lárguense de aquí!

Somos old school representando antecesores,
no queremos más conquistadores invasores.

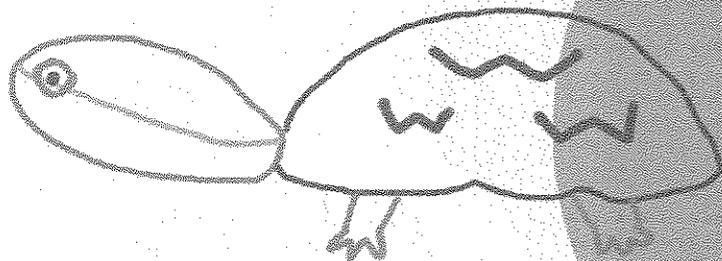
Geishas, samurais y sushi, eso es pez nipón,
lo que a vos te toca deja nuestro río marrón.

Ya la estás rayando, capibara y panambi,
no sabés qué son, volvé a Japón, rajá de aquí.



Y así, gracias a todos aquellos peces que fueron hablando, conocimos más sobre los habitantes de nuestro río. Con Octavio, por ejemplo, de tanto mirar 'Nemo' pensábamos que las tortugas de agua vivían solo en los grandes océanos. No se nos había cruzado por la cabeza que en el Paraná pudiera haber tortugas.

Lo aprendimos ese día ¡y me hubiera encantado poder tener alguna en casa! Pero hubo que conformarse con verlas en un video que filmó un vecino de zona sur, que se viralizó en pocas horas por la enorme ternura que despertaba ver a un coro de tortugas cantando en ritmo de bolero:



Aunque nuestra cabecita
parezca de yarará
poco compartimos con ella,
somos más buenas que el pan.
Nos gusta descansar juntas,
tirarnos a tomar sol,
lucir un lindo tostado
en nuestro caparazón.
Preferimos aguas calmas
y nos cuidamos del frío;
no molestamos a nadie,
somos tortugas de río.
Oh... oh... oh...

Una verdad con gusto a remedio

El día llegaba a su fin con una ciudad en estado de shock. Periodistas de distintos lugares del mundo se acercaban para cubrir la noticia:



INSÓLITO

La fauna del Paraná, que debió ser rescatada tras la misteriosa desaparición de uno de los ríos más importantes de América Latina, ha tomado la palabra.



PARANÁ EN APUROS

La enorme serpiente de agua en alerta roja.



¿DÓNDE ESTÁ EL PARANÁ?

El mundo entero pendiente de que el pariente del mar, tal como su nombre lo indica, pueda recobrar su vida y su curso.

Los teléfonos estaban al borde de prenderse fuego. Los más grandes compartían todo tipo de anécdotas acerca de los peces que les había tocado rescatar. Algunos acostados en el sillón con las piernas en alto; otros con hielo en la cabeza. El esfuerzo había sido titánico. Nosotros, aunque mi mamá no pudiera creerlo, todavía teníamos energía. A esta altura ya deberían saberlo: los chicos siempre tenemos una batería de reserva para los días extraordinarios.

—Me parece muy bien que festejen —mi papá entró en la pieza y nos encontró a Clari y a mí saltando sobre la cama, felices de saber que peces y tortugas, víboras, ranas, escuerzos, rayas y camalotes habían encontrado refugio—. Está muy bien que festejen porque hoy entre todos hicimos un gran trabajo. Pero ahora, pequeñas rescatistas, hay que descansar. No se olviden que a los rosarinos nos queda cumplir una misión muy importante.

—¿Qué más queda por salvar? —dije con los ojos como huevos fritos, temiendo que alguna criaturita todavía estuviera en problemas.

—¡El río, Inesita! Ni más ni menos. Hay que devolverle al río sus aguas. Y a los seres vivos del río, su hábitat. ¡Y a los chicos de Temperley su pileta! Porque no debe ser muy cómodo practicar natación en una pileta habitada por enormes colosos de río, ¿no les parece?

Mi papá tenía razón, y sus palabras me dejaron en la boca el mismo gusto amargo del remedio para la fiebre. Teníamos que enfrentarnos con la verdad.

—Ine, ¿cómo puede ser que una fábrica que hace cosas tan deliciosas y hermosas esté robándonos el río? —Octavio empezó a sollozar. Si había un ranking de fans de Heladolandia, él ocupaba el primer puesto. El helado zombie de color verde mocó y con la textura de la baba, decorado con confites con forma de cerebro —riquísimo pese a su asquerosa apariencia—, se había transformado en el único postre que mi hermano comía. Siempre tan terminante.



Clari, que es hija única y quiere a Octavio como al hermanito que no tuvo, lo abrazó intentando consolarlo.

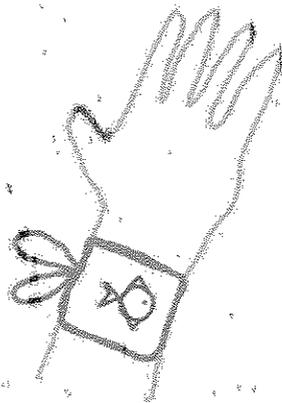
-Tranquilo, Tavito. Tenemos que pensar con la cabeza y no con el paladar. Fábricas de helado habrá siempre, ¿no? Cierran unas, abren otras. Cambian los nombres, inventan sabores.

-iiiiii PERO NINGUNA COMO HELADOLANDIA!!!!!! -Octavio ya lloraba a moco tendido.

-Es cierto. Esos helados, ¡qué maldición! Son maravillosos. Pero seguro alguien encontrará la forma de fabricarlos sin hacerle mal a nuestra tierra. Antonino explicó que el río nos trasciende, y yo la verdad que no sé muy bien qué es eso. Pero cuando dijo que ahí mojaron los pies nuestros abuelos y que en esas mismas aguas mojarán los pies nuestros nietos, se me puso la piel de gallina. Ese río es nuestro, Tavito, ¿te das cuenta? Y tenemos que pelear por él.

Mi hermano se limpió los mocos con la manga de la remera y con esa capacidad asombrosa que tiene para cambiar de estado de ánimo de un segundo a otro, nuestro pequeño 'transformer humano' se subió arriba de una silla y decretó:

-Vamos, chicas, ¡a salvar nuestro río!



Los locos de este lado del río



Las autoridades de la ciudad se reunieron con los líderes de Heladolandia en el Palacio de los Leones y tras varios días de negociación, con marchas a favor del Paraná y marchas a favor de la super-mega-heladería, finalmente acordaron una nueva regulación para la extracción de agua; se tomarían una serie de medidas para evitar que volviera a suceder una catástrofe así. Los adultos celebraron el acuerdo.

–¡Viste, hijo! Vas a poder seguir comiendo tu helado zombie, no había que preocuparse tanto –dijo mamá acariciando los rulos de Octavio.

'Over my dead body'. De ninguna manera. Habíamos decidido pelear por nuestro río y llevaríamos la lucha hasta las últimas consuncencias, quiero decir consincuencias. Bueno, se entiende, hasta el final de los finales. El enojo de Bruce Banner era un porotito al lado del nuestro.

"Los locos de este lado del río" fue el nombre que le pusimos al grupo. Y lo primero que hicimos fue dejar claro el objetivo: ahora que conocíamos la riqueza de nuestro río no permitiríamos que nadie se metiera con él. No, señor. Las redes sociales hicieron su magia y en pocas horas ya teníamos cientos de miembros de todas las zonas de la ciudad y alrededores.

Lo primero que se nos ocurrió fue hacer huelga de postre y dejar de consumir sus helados por muy 'cool' que fueran. Haríamos ese enorme esfuerzo y nos conformaríamos con los tradicionales helados de palito. Chau pichu. Pero uno de los chicos se dio cuenta de que no era la solución:

–Heladolandia vende sus helados a todo el mundo y que solo los rosarinos dejemos de comprar no les hará ni cosquillas.

"Es cierto. ¿Y cómo vamos a convencer al mundo entero para que deje de consumir helados tan ricos y preciosos? Estamos perdidos", pensé para mis adentros, sin querer contagiarle al resto mi mal humor. Pero un audio de Clarita le devolvió un entusiasmo loco a mi cuerpo.

–Acá hay que pensar algo distinto –su voz sonaba pícara y esperanzada–, y yo sé quién puede ayudarnos, una vez más.

Sumar al viejo Antonino a nuestros grupos virtuales fue más difícil que salvar al Paraná y todos los ríos del mundo juntos. ¡Podés creer que este isleño loco nunca había visto un smartphone! ¡Jamás! Primero hubo que convencerlo de participar, y no fue sencillo. Lo interceptamos una tarde en el Parque España, después de que le entregaran una mención de honor por su papel en la organización del rescate.

–NO, NO y NO –fue su primera respuesta. Pero somos chicos listos y eso ya lo teníamos previsto. Entonces le contamos que era el único adulto al que habíamos decidido aceptar, y le pedimos por favor con los ojos muy redondos y las manitos en rezo.

–Antes temíamos que fueras un monstruo, con cabeza de pez y aletas en lugar de brazos, ¿sabés? –le confesamos en un susurro–, pero ahora que te conocemos ya no vamos a tenerte más miedo. Nunca más.

Cuando todo eso pasó y Tavio en un impulso se abrazó a una de sus piernas en una dulce súplica, Antonino aceptó.

La tarea que vino después fue más difícil que barrer una escalera para arriba. Aprender a usar el 'touch' del celular le costó más de lo que me cuestan a mí las pruebas de matemáticas. Y eso es decir un montón. Hay que reconocer que acertar el botón justo con unos dedos tan anchos y curtidos es casi una hazaña. Nos llegaban al grupo permanentemente letras sueltas, audios cortados donde se lo escuchaba protestar en guaraní:

–¡Aña membí! ¡Que invento del diablo este aparato!

¡AÑA
MEMBÍ!
¡QUE INVENTO
DEL DIABLO ESTE APARATO!



Pero la tecnología no pudo con nuestro entusiasmo y, pese a todo, este loco que definitivamente nos resultaba cada vez menos loco se las ingenió para darnos una mano.

—A esa fábrica no hay que echarla —resolvió Antonino—. Sáquense esa idea de la cabeza. Para lograr un objetivo, cualquiera sea, hay que ser muy paciente, saber esperar. Y usar la razón. Tenemos que ser sutiles, inteligentes y encontrar la manera de que ellos mismos quieran irse, ¿entienden?

"¡Claro que sí, mi general!". Y así, bajo esa premisa y trabajando todos juntos a través de las redes incorpóreas del universo virtual, nació una estrategia; una excelente forma de hacer que la hermosa y traicionera Heladolandia ya no quisiera nuestras aguas.

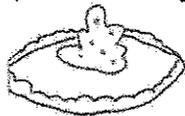
—¿¡HIERBAS AROMÁTICAS!? —grité cuando leí la primera parte del plan—. ¡Qué perfecto! ¿Cómo no se nos ocurrió antes?

—¿Pero vamos a salvar al río o a preparar un guiso? —bromeó Octavio.

—Las dos cosas al mismo tiempo, Tavito. Vamos a hacer del Paraná un enorme caldo con gusto a romero, orégano, tomillo, ¡nuez moscada! —dije mientras levantaba los brazos al cielo, como un político que sale al balcón a hablarle a su pueblo. Me sentía poderosa porque teníamos un plan perfecto—. ¡Vamos a preparar la sopa más grande que se haya visto jamás!

—¡Puaj! —hizo mi hermano con un gesto de repugnancia. Y su mueca de asco, la misma que pone cuando toca comer brócoli, esta vez era señal de que íbamos por buen camino.

—¡Eso buscamos! ¡Ese asco igualito al tuyo! Necesitamos que los helados se llenen de gusto a sopa y los chicos de todo el mundo los escupan y nadie más los compre. Y que cuando los supervisores de Heladolandia adviertan que el defecto está en el agua se agarren la cabeza, maldigan al cielo —oh, my god— y no puedan hacer otra cosa más que juntar todas sus pertenencias y volverse al lugar de donde nunca tendrían que haberse ido. Chim-pum —Me dejé caer en la cama, más que satisfecha con el plan y con mi completa exposición.



-¿Y los peces? -preguntó Octavio-, ¿qué van a hacer?, ¿van a nadar en sopa?

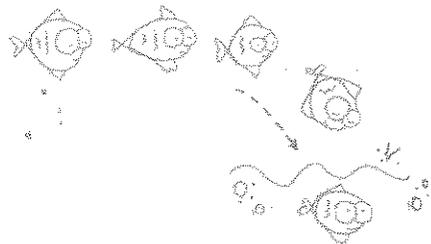
-Precisamente eso es lo más perfecto del plan, Tavito. Usá esa cabeza con rulitos tan linda que tenés y pensá. A los peces no les va a pasar absolutamente nada. Jugarán a ser fideos por un tiempo (mojarra-dedalito; sábalo-mostachol; surubí-espagueti). Y después continuarán su vida silbando bajito, con la tranquilidad de saber que su mundo de agua ya no corre peligro. ¿No somos unos genios?

Una mañana después de que se nos hiciera costumbre bañarnos compartiendo jabón con algún moncholo o cardúmen de mojarritas, se puso en marcha el OPERATIVO RETORNO. Fue muy parecido al operativo de rescate pero llevado a cabo sin tanta prisa y con mayor organización.

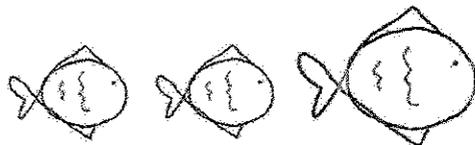
Yo vi con mis propios ojos cómo el agua volvía. Cómo el fondo de barro, regado de objetos increíbles iba cubriéndose con ese manto marrón. Cómo los pedazos de barco hundido volvían a dormir el eterno sueño de los naufragios. Yo escuché, sí, con mis propios oídos los coletazos ansiosos de cada pez que desde la orilla -clap, clap, clap- retornaba con nado agitado a su mundo de agua, a sus lugares conocidos.

Quienes piensen que los peces no sonríen, créanme que es porque no estuvieron ahí viendo cómo el surubí atigrado se despedía del equipo que con mucha garra lograba pasarlo cuidadosamente de la piletta de lona a las aguas dulces del Paraná.

El río recuperó su caudal. Esa mañana frenética en la que había amanecido desnudo, mostrándonos sus fauces, iba quedando en esto que les cuento, en una anécdota.



Lágrimas de agua dulce



Poco tiempo después de que pusiéramos en marcha el plan, Heladolandia armó sus valijas y se mandó a mudar. La explicación de su ida se basó en un palabrerío relacionado con cuestiones de mercado. Que las super-empresas se rigen por los costos y los beneficios y los intereses y las estadísticas y qué te voy a estar aburriendo si total la verdad de la milanese es otra. Qué mercado ni mercado. Nosotros sabemos bien que fue por el éxito del plan-sopa.

Fue el efecto de los kilos y kilos de albahaca, romero, estragón, salvia, que desaparecían de las alacenas de las casas de Rosario, enloqueciendo a nuestras familias que al momento de cocinar protestaban:

–¡Pero será posible! ¿No compré ayer un paquete de laurel? O estoy volviéndome loco o en esta casa hay un agujero negro que se traga las cosas. Siempre lo sospeché. ¡Cristina! ¿No viste por casualidad un paquete de laurel?

Antonino desde La Guarida iba midiendo los sabores, como un chef que busca el punto justo de su plato. Ya un toque más canchero en el manejo del celular, nos daba las indicaciones y hasta se animaba a acompañar los mensajes con algunos emoticones.

La verdad es que dudo que alguna vez pueda llegar a ser 'youtuber', pero como cómplice se lleva todos los aplausos.

El plan fue un éxito y nuestra misión estaba cumplida, pero Antonino, viejo sabio y ambicioso, fue por más:

–Acá no termina nada, mis queridos. Este fue el comienzo de una gran amistad. Entre ustedes y su tierra, ¿se dan cuenta?

Claro que sí, nos estábamos empezando a dar cuenta. ¿Cómo nos pasó esto? Somos una ciudad de río, y el río se nos escapó más rápido de lo que tarda en desagotarse una piletita inflable.

—¿Saben qué pasó?—continuó Antonino, con las manos en los bolsillos y su ritmo isleño—. Esta ciudad pecó de presumida.

—¿Presumida?—repitió Tavito sin tener idea de qué significaba eso.

—Sí, a ver. Cómo decirlo... Rosario usó al río como espejo. Y el Paraná cada día fue devolviéndole imágenes más hermosas. Nuevos edificios, más parques, muchas luces. Como el famoso espejito de Blancanieves que decía quién era la más bonita, ¿conocen la historia?

—¡Sí, sí! Conocemos la historia del espejo y de la madrastra malvada...

—Bueno, el tema es que acá no hay madrastras ni manzanas envenenadas. Pero hay una ciudad que se puso al río como un hermoso prendedor, pensémoslo así. El río engalanó a Rosario, pero a Rosario ¡uf! se le escapó todo lo que ese río esconde en las profundidades, todo lo que yace y todo lo que se mueve bajo esas aguas que avanzan sin prisa y sin pausa buscando el mar.

Nos quedamos callados. Lo que nos decía Antonino no era tan fácil de entender. Hubiera sido más sencillo salir a tirarles piedras a los vidrios de la casa de una madrastra malvada. Pero, ¿qué teníamos que hacer?

El isleño, que parecía contar con un reloj más lento que el del resto de los mortales, se tomó su tiempo, nos dejó un rato en silencio —supongo que para que acomodáramos algunas ideas—, y al final terminó pidiéndonos un favor.



-Vamos, queridos. Ustedes que todavía no tienen la vista encandilada por las luces de la ciudad. Ustedes que todavía tienen el alma libre y las rodillas sin miedo a los raspones, háganse cargo. Tomen la posta. Cuiden lo que les pertenece. ¡Eso sí! Nadie puede cuidar lo que desconoce. Acérquense al río. Naden, remen, naveguen. Visítenlo. Sientan su olor.

Le hicimos a Antonino esa promesa y desde entonces la visita al río se convirtió en un paseo cotidiano, como ir a tomar helado en cucurucho a la heladería de la otra cuadra. Sí, ya no saboreamos la crema zombie ni la frutilla nos hace chispas en la boca, pero Tino el heladero del barrio nos conoce y a veces nos regala una bocha, o nos agrega salsas sin que tengamos que poner ni una sola monedita de más. Y como si esos beneficios fueran pocos, como a mi mamá Tino le da confianza y tenemos que cruzar una sola calle para llegar, nos empezaron a dejar ir solos. Está de más aclarar que ese detalle ya la convierte en una de nuestras salidas preferidas.

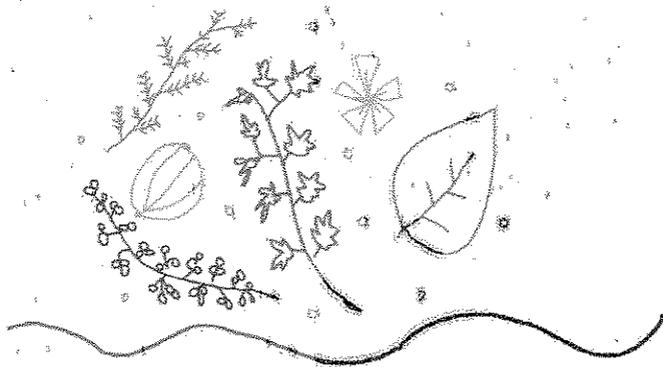


Tan preferida como visitar el Paraná. En sus orillas pasamos largos ratos y, si cerramos los ojos y hacemos fuerza con el músculo de la imaginación, hasta nos parece ver el mundo acuático transcurrir. Un surubí saludando con su voz grave a un tierno pacú con ortodoncias. O una batalla de rap de bogas 'freestaleando' en los callejones oscuros de un barco hundido.

Sabemos que nuestra serpiente de agua atesora historias de amor como la de Palmira y Ramón. Y como la nuestra que, en definitiva, también es una historia de amor.

Octavio empezó natación y su asistencia es del cien por ciento. Tiene claro que su desafío es, cuando sea un poquito más grande, cruzar nadando hasta la otra orilla. Yo, paso. Mi cuerpo no resiste el vaivén del agua y elige quedarse en tierra firme. Tanto que a la broma "estás más serio que perro en bote", mi familia la transformó en "estás más serio que Inés en bote". Pero no creas que eso es un impedimento, a mi manera me las rebusco para cumplir la promesa que le hicimos a Antonino.

Me gusta tirar al agua una ramita de romero o un puñado de perejil. Es mi forma de comunicarme con el río, con sus serenas tortugas, sus sapos feos, sus rayas vergonzosas, sus enormes camalotales. Es mi forma de saludar a nuestros amigos los peces.

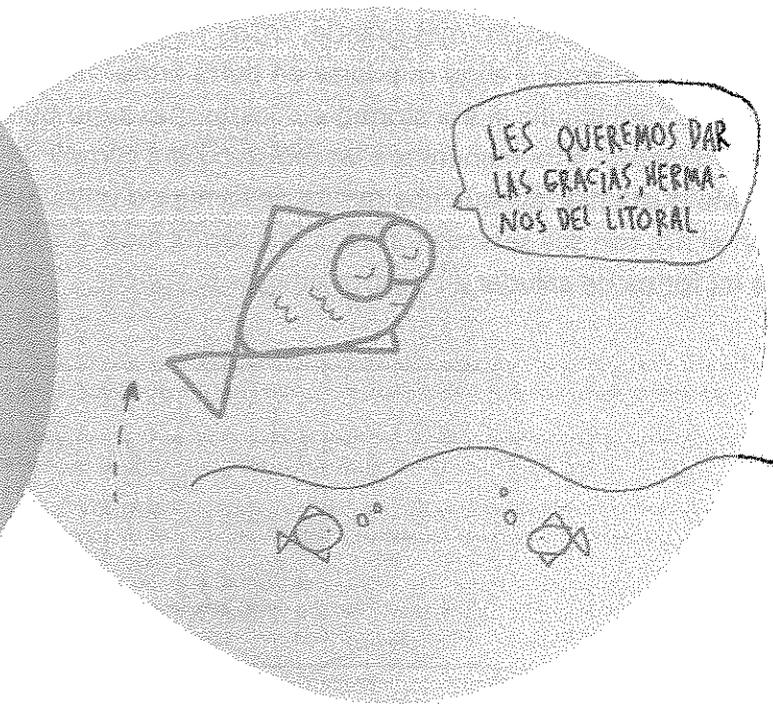


Y Antonino, que contra todos los pronósticos no solo sigue activo en el grupo sino que hasta hizo instalar wi-fi en La Guarida, nos envía fotos y videos que no dejan de sorprendernos. Este isleño sí que sabe dejarnos con la boca abierta. Y por sobre todas las cosas, sabe hacernos pensar en el río no solo cuando nos duele, como nos pasa con el estómago, sino cuando nos regala su inmensidad.

Ayer justamente nos mandó un video donde se ve a un pirayú luciéndose en uno de esos saltos de destellos dorados, exclamando:

A todos nuestros vecinos
compañeros de humedal,
les queremos dar las gracias,
hermanos del litoral.

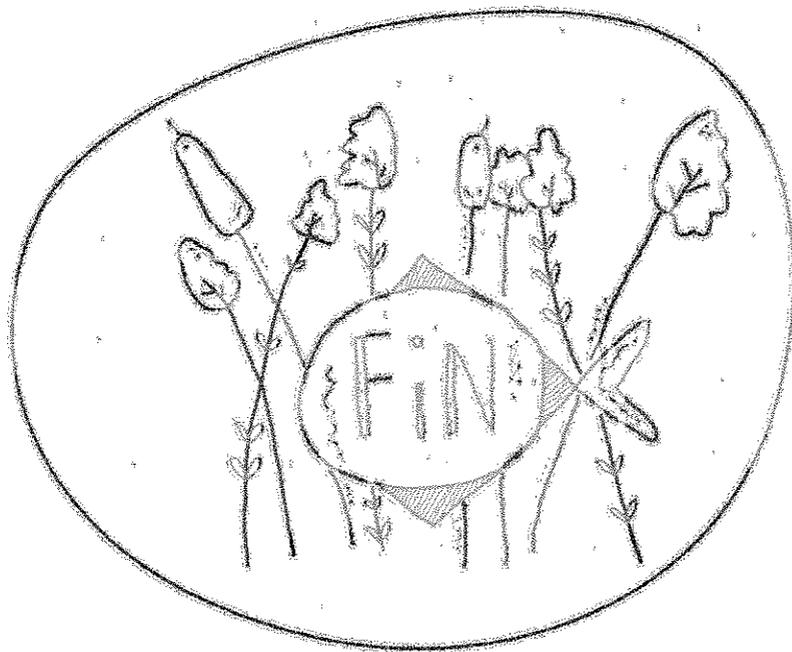
Este río y sus orillas,
todas estas maravillas,
islas, aves, peces, yuyos,
son también tesoros suyos.



El video termina con el pez entrando de nuevo en las aguas dulces. Hogar, dulce hogar.

-¿Qué pasa, Ine? ¿Estás llorando? -Octavio terminaba de ver el video al lado mío, porque mis papás dicen que todavía no tiene edad para tener un celular propio. Pero así chiquito como es, tiene un radar para darse cuenta de los cambios en mi estado de ánimo.

-No, tranquilo Tavito, no estoy llorando -abracé fuerte a mi gran compañero de aventuras-. No estoy llorando, es solo que... sí, me parece que es eso. Creo que se me llenaron los ojos de Paraná.



Googleá

*¡y llena tus oídos con
música del litoral!*

-  Agua y sol del Paraná - Ariel Ramírez / Miguel Brascó
-  La otra orilla - Teresa Parodi / Ana Prada
-  Postales del litoral - Lauphan
-  El moncholito Ramón - M. Ángel Morelli
-  El Paraná en una zamba - Jaime Dávalos / Ariel Ramírez
-  Camalotes sueltos - Ana Prada
-  El jangadero - Mercedes Sosa
-  Canción del jangadero - Jaime Dávalos / Eduardo Falú
-  Apurate, José - Teresa Parodi



Si tenés ganas de conocer más sobre el humedal y ver a los peces en vivo y en directo, podés visitar el Acuario del Río Paraná, ubicado en la ciudad de Rosario, Santa Fe.

Allí te encontrarás con:

-  Un Parque Autóctono, donde conocerás más sobre el ecosistema del humedal.
-  Un Laboratorio Científico, que hace un gran trabajo en materia de conservación.
-  Y la Sala de Acuarios, donde los vas a poder ver a ellos, los peces. Primero descubrirás a los que viven en las lagunas y zonas superficiales, y de a poco irás llegando a las peceras que representan el canal, la zona más profunda de nuestro río.



Si lo visitás, ¡llevá lápiz y papel porque te van a dar muchas ganas de tomar nota!

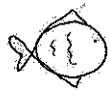
Los
LOCOS
de este
lado del
RIO

Yo _____ , a mis _____ años de edad,
acepto ser miembro de 'Los locos de este lado del río'
comprometiéndome a conocer, visitar y cuidar las aguas
marrones del Paraná y sus orillas.

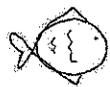


Firma

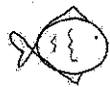
pequeños rescatistas ¡a trabajar!



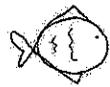
Al llegar al fin de este libro tendrás que elegir un pez. Al lado de cada uno encontrarás el nombre de la especie a la que pertenece, su peso y su longitud.



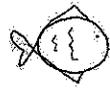
¡Empezá buscándole un lugar! ¿Dónde cabe? ¿En una olla?
¿Una pecera? ¿En un balde? ¿En una pileta?



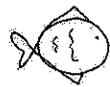
Buscá información sobre las características de su especie.
Alimentación, tamaño, reproducción, aspecto, etc.



Una vez que tu pez esté a salvo, ¡elegile un nombre!



Si lográs que tu pez hable, ¿qué te gustaría preguntarle?

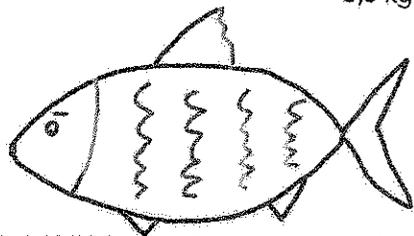


Animate a escribirle un poema para que se lo lleve de recuerdo
al momento de volver a las aguas del Paraná.

¡DA VUELTA LA HOJA Y RESCATÁ TU PEZ!

BOGA

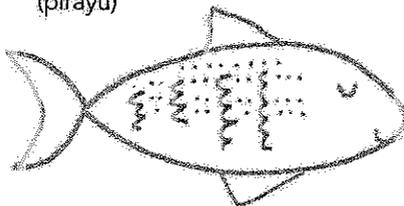
35 cm largo
3,5 kg



DORADO

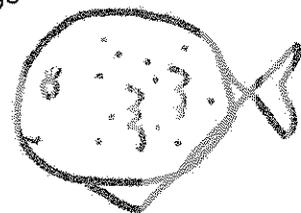
(pirayú)

38 cm largo
4 kg



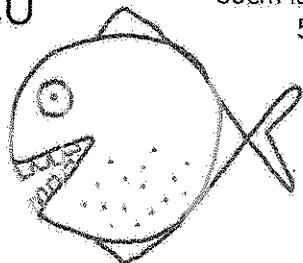
MOJARRITA

7 cm largo
20 gr.



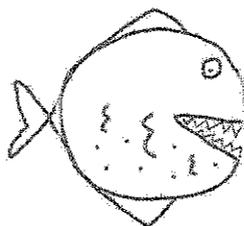
PACÚ

35cm largo
5 kg



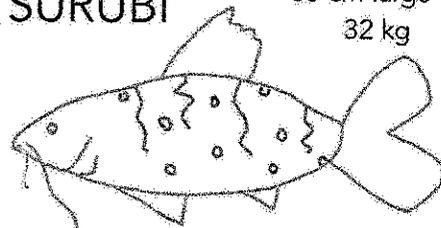
PALOMETA

20 cm largo
2 kg



SURUBÍ

85 cm largo
32 kg



EL DÍA QUE EL RÍO SE QUEDÓ SIN AGUA

COMPLEMENTO INFORMATIVO

ilustraciones de
santino bassi suárez





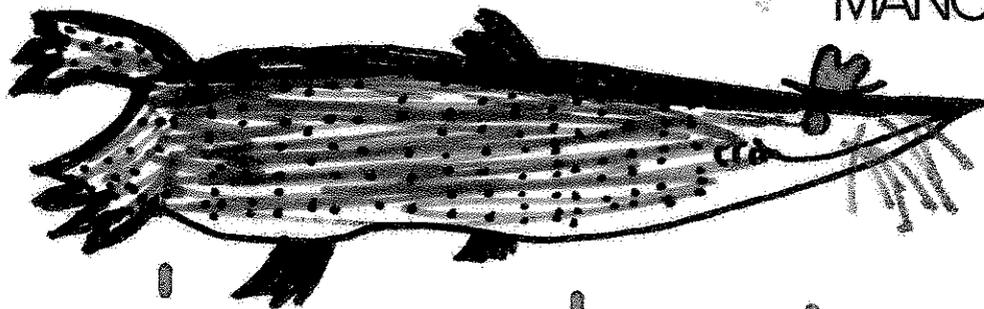
DORADO

- En guaraní se lo llama "pirayú", que significa pez sol. ¿Sabés por qué?
Porque su cuerpo está cubierto de escamas amarillo-anaranjadas 
- Es musculoso y atlético. Nada en aguas de mucha corriente y es capaz de dar saltos y sacudidas formidables. 
- Tiene dientes filosos ¡y es un voraz predador!
Se alimenta de peces que viven en cardúmenes --> principalmente sabalitos, mojarra, morenas...
- Se lo conoce como "tigre del Paraná" por la fuerza y la agresividad con la que se resiste a la pesca. 

SURUBÍ
ATIGRADO

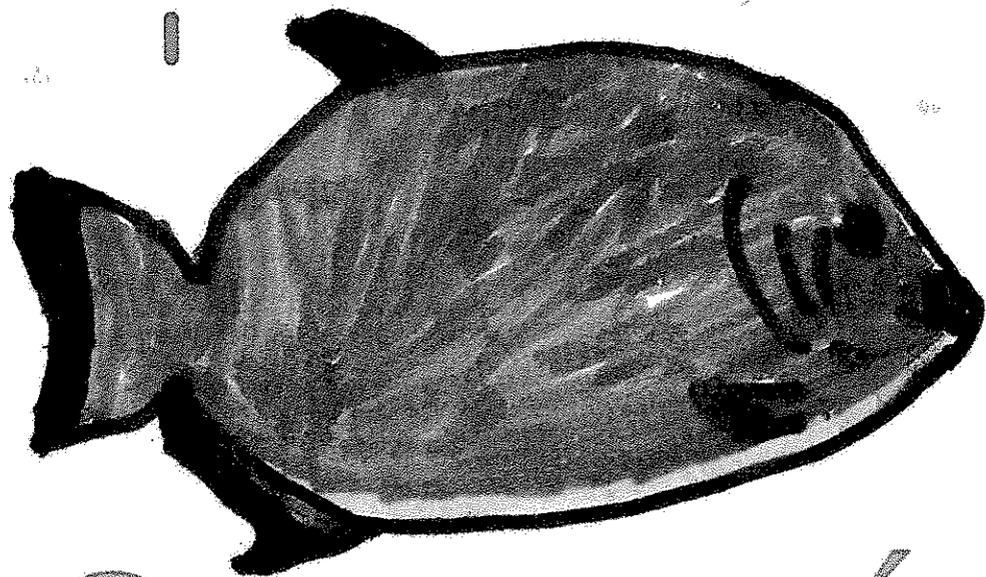


SURUBÍ
MANCHADO



SURUBÍ

- ¿Sabías que el surubí es un pez sin escamas? Tiene la piel lisa; a veces con rayas como el tigre y otras con manchitas.
- Como le gusta nadar en las profundidades -donde no llega la luz-, se guía con sus bigotes. ¡Eso hace que muchos lo llamen "pez gato"!
- Se lo conoce también como Doncella o Zúngaro del Paraná.
- A las crías se las llama "cachorros".
- Preferentemente cazan de noche. 🌙
- ¡Es uno de los peces más grandes de nuestro río! Pudiendo en algunos casos alcanzar el metro y medio de longitud. 😱



P

A

C

Ú

PACÚ

- Su cabeza, ojos, boca y cola son muy pequeños en relación al resto de su cuerpo, que tiene forma de óvalo () y es lateralmente aplanado --> razón por la cual se ha ganado el apodo de "pez chato".
- Tiene escamas pequeñas y tanto su forma como sus hermosas tonalidades doradas lo convierten en un ejemplar muy bonito. 
- Si bien es omnívoro, la base de su dieta son los vegetales y frutos de plantas acuáticas.
- ¡Pertenece a la familia de las pirañas! Y un dato impactante: cuenta con una dentadura muy parecida a la nuestra. 
- Su carne es considerada como una de las más exquisitas de los peces del litoral. Se lo suele llamar "lechón de río".

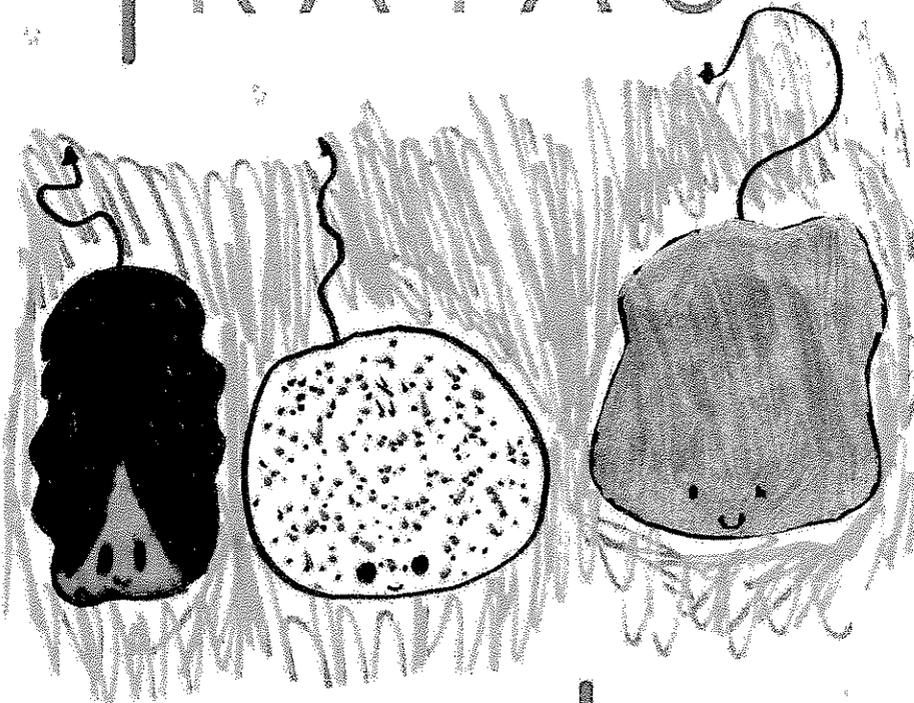


VIEJA
DEL
AGUA

VIEJA DEL AGUA

- Es un pez de aspecto muy poco agradable. Eso se debe en gran medida a una serie de placas óseas que -a modo de armadura- protegen su cuerpo. 😬
- Se mueve poco y en los acuarios se la suele ver con su boca pegada a los vidrios. ¿Por qué? Porque su boca de ventosas funciona como una aspiradora.
- Se alimenta de restos orgánicos y esta característica de "pez limpiador" la convierte en una parte muy importante del ecosistema. 💪
- Protege a sus crías aún cuando ya son peces grandes. Podemos decir que son una especie de "madres sobreprotectoras".

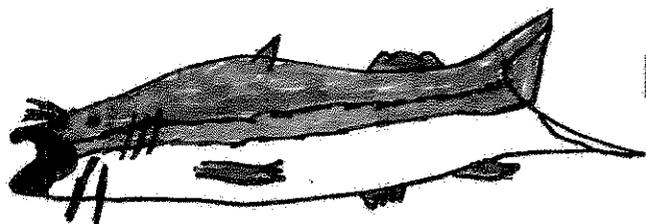
RAYAS



RAYA

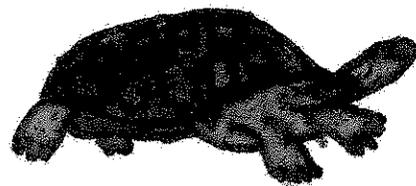
- Pez aplanado de forma circular, que en algunos casos puede llegar a medir hasta 2 metros de diámetro. 🤖
- Se defiende con un aguijón venenoso que puede causar heridas de gravedad.
- No tiene huesos. Su cuerpo se sostiene mediante cartílagos. Eso la emparenta con el tiburón. 🐟
- Le gusta descansar en el fondo del río. Nada muy lento y prefiere esperar a la presa con su cuerpo medio enterrado en la arena.
- A diferencia de otros peces, no pone huevos. Da a luz crías vivas --> en internet hay videos donde se puede ver el nacimiento de rayas bebés ¡no te los pierdas! 😊

Hay muchas otras especies habitando las aguas del Paraná.
Podés buscar información sobre las que más te interesen
¡y animarte a dibujarlas!



MONCHOLO

TORTUGA
DE RÍO



Digiouvanna, Mara

El día que el río se quedó sin agua / Mara Digiouvanna.

- 1a ed. - Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2020.

64 p. ; 15 x 22 cm.

ISBN 978-987-771-062-5

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. 2. Ecología.

3. Biología del Agua Dulce. I. Título.

CDD A863.9282



© 2020 - **Homo Sapiens Ediciones**

Sarmiento 825 (S2000CMM) Rosario | Santa Fe | Argentina

Tel: 54 341 4243399 | 4253852 | 4406892

editorial@homosapiens.com.ar

www.homosapiens.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

ISBN 978-987-771-062-5

D docuprint

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2020 en

DP Argentina S.A.

Panamericana Km 37,5 • Parque Industrial Garín
Calle Haendel, Lote 3 (B1669 IEA) • Buenos Aires • Argentina

¿QUÉ PASARÍA SI UNA MAÑANA EL RÍO AMANECIERA SIN-UNA-SOLA-GOTA DE AGUA?

Esta es una historia de amor y de encuentro
entre una ciudad que tiene mucho que aprender
y un mundo acuático que parece tener mucho que decir.
Los protagonistas, Inés y Octavio, narran las peripecias
de un día extraordinario y terminan llenándonos
el corazón con postales del litoral.

¡Animate a formar parte de **¡Los locos de este lado del río!**




Homo Sapiens
EDICIONES

